

# De cómo ser niña y sobrevivir al arte

**D**esde niña siempre me atrajo todo aquello que tenía que ver con el arte. Practiqué teatro y danza desde los cuatro años; mi mamá me metía a cuanto curso de pintura había en mi pueblo; en la adolescencia descubrí el cine y ya nunca más pude soltar esta adicción; en la universidad inscribí asignaturas de acuarela, óleo, pastel, cerámica y vitrales, entre otras. Música no, siempre supe que esta era una diosa inalcanzable para mí y que todas las artes aspiran a ser música, por lo que decidí emprender el camino de los aspirantes. Pero este camino nunca me condujo a un lugar específico por una simple y llana razón: no tengo talento. Y aunque sé que en muchas ocasiones eso de tener talento o no resulta bastante subjetivo, desde mi perspectiva de lo que significa ser talentoso en el campo de las artes, esa claridad ha llegado a mí con el sosiego del agricultor experimentado que sabe que debe dejar descansar una parcela en la que ya ha insistido bastante.

Esta certeza no es algo que me frustré, es más, bendigo cada día el hecho de que todos los “errores” cometidos me hayan conducido al punto en el que estoy ahora, pues no encuentro nada más apasionante que el maravilloso oficio de la edición. Particularmente, porque el editor es una especie de pulpo, cuyos brazos se mueven entre la difusa frontera de otros fascinantes oficios como el del escritor o el curador, quienes en conjunto configuran un discurso con base en el discurso de otros, a saber, creadores y artistas.

El hecho de no haber llegado a un punto previsto, no quiere decir que mi formación haya sido mediocre. Debo resaltar que me siento muy orgullosa de las escuelas que me acogieron y de los maestros que soportaron mi “singular ritmo de aprendizaje”. Sin embargo, hay algo en común en todas aquellas —con excepción,

quizá, de las escuelas de danza— en relación con el papel que han desempeñado las mujeres en la historia del arte: su protagonismo ha sido exiguo. Lo más lamentable es que esto no es algo de lo que yo me haya dado cuenta a lo largo de tantos años de formación, a pesar de siempre haber creído que mi proceso era ampliamente consciente del reconocimiento y exaltación de las dinámicas artísticas de las mujeres. Simplemente, me pasó como a muchos, me tragué entero el discurso de la academia y crecí creyendo que las bases de todo las habían sentado solamente “los de siempre”.

Uno de los primeros cimbronazos llegó tarde. Se lo debo a María Gimeno y su estremecedor performance *Queridas viejas*, que reivindica el lugar de las mujeres artistas en la historia del arte. María cuenta que desde niña había visitado innumerables veces el Museo del Prado y que jamás se había percatado de que todas las obras expuestas habían sido creadas por hombres. Su inquietud empieza a fundamentarse tras el análisis de uno de los libros más importantes en la enseñanza del arte, *La historia del arte* de E. H. Gombrich, de lectura obligatoria en la academia, el cual omite de principio a fin toda participación femenina. La propuesta performática de Gimeno consiste en subsanar el error cometido por Gombrich e introducir las páginas que faltan en el libro. Con este fin, cuchillo carnicero en mano, empieza a introducir a las omitidas a partir del siglo X y de ahí continúa hasta 1950, fecha de la primera publicación del canónico libro. En su página web, explica Gimeno (s. f.):

La conferencia consiste en hacer un recorrido ordenado por los capítulos del libro, en el cual realizo la acción física de introducir, mediante el corte a cuchillo del canto interior del libro, las páginas que faltan, que no son otras que las páginas dedicadas a las obras de las mujeres artistas, subsanando así el error que por omisión comete el texto y colocándolas en el lugar exacto que les corresponde dentro de la historia, junto a sus contemporáneos. Tras introducir la página que falta, introduzco brevemente a las artistas con datos referentes a su vida y trabajo, apoyándome en imágenes de sus obras.

Cuando terminé de verlo, lloré.

Sentí vergüenza, rabia y frustración. Pero también orgullo y esperanza. María Gimeno fue luz en mi camino académico y, a partir de entonces, me propuse dar luz también a todas aquellas expresiones silenciadas, en la medida en que mis actividades me lo permitieran. Entonces el *boom* literario ya no volvió a ser el mismo que me enseñaron en la universidad, sino que ahora incluye voces como las de Silvina Ocampo o Elena Garro; y en las trajinadas vanguardias artísticas nos detenemos con ahínco en Leonora Carrington o Hannah Höch (quien, a propósito, también cortaba sus *collages* con cuchillo de cocina). Con este objetivo en mente, he renovado cada uno de mis programas y asignaturas, para lo cual he bebido dulcemente, entre otras, de la fuente proporcionada por el bellissimo ensayo de Luz Helena Cordero, publicado en el número 84 de *Hojas Universitarias*, dedicado a la poesía. En “Ni calladas ni ausentes”, Luz Helena expone la historia de un grupo de poetas, a través de las cuales afirma que, aunque su voz no siempre fue escuchada —toda vez que muchas fueron excluidas de antologías y de la historia de la literatura—, las mujeres siempre han escrito.

De esta manera, y para darle continuidad a las voces expuestas, tomé la decisión de incluir en mis lecturas nocturnas —aquellas que hago solo por placer— un montón de nombres de autoras latinoamericanas contemporáneas referidas por mis estudiantes, cuyas obras me eran desconocidas y que han llegado a mí para zarandear todos mis prejuicios literarios. Las historias de María Fernanda Ampuero, Mariana Enríquez, Liliana Colanzi, Samantha Schweblin, Agustina Bazterrica y Mónica Ojeda, entre otras, han llegado para reconfigurar mi pensamiento poético y así poder dar mayor luz a todas las escritoras en ciernes, que cada vez se sienten más identificadas con su lenguaje y universo.

Precisamente, leyendo a Mónica Ojeda, me topé con una entrevista realizada a la siempre mística y controversial Marosa di Giorgio, quien, ante la pregunta sobre si existe un arte femenino, responde:

El arte es lo que es. No puede tener progreso ni sexo. Sin embargo, en el acto creacional aparecen innumerables sexos, los vistos y los previstos, y muchos otros. Potencias, pimpollos. Queda ese tendal de hijitos insólitos, de huevecillos que centellean. (2017)

Entonces, sin ahondar mayormente en la discusión resultado de la pregunta inicial, no puedo dejar de pensar en la particular forma en que las mujeres abordamos el acto creativo, nuestra percepción de las dinámicas estéticas, del potencial de estos pasos, de cada pincelada como un hijito insólito, un huevecillo que jamás dejará de centellear.

Las mujeres parimos (parir, ¡qué hermoso verbo!), damos a luz, en un acto creador que forma parte de nuestro impulso biológico. Durante el tiempo de concepción todo se enfoca en el objetivo final, y fluyen así distintas prácticas que buscan alcanzar la armonía de la consumación. Las hembras armamos nido, lo entibiamos, lo embellecemos, huimos del ruido y de la luz, de la multitud, para consagrarnos finalmente en comunión con lo iluminado. Estoy hablando de un acto ritual que, lejos de querer aproximarse a una mística específica, sí logra explicar algunas particularidades de la poiesis femenina.

De todo esto dan cuenta los prodigiosos procesos de las artistas y creadoras que en esta ocasión protagonizan la presente edición de la revista de la Escuela de Artes. En el primer acápite, denominado “Aproximaciones al arte y a la creación literaria”, abrimos la puerta con el ensayo “Leer, pensar y escribir literatura” de la maestra Azuvia Licón Villapando, quien nos habla de las diferentes maneras y direcciones en que se reconfiguran el quehacer docente, las formas de pensar la pedagogía e incluso la vida personal de quienes se dedican a enseñar. A continuación, a través de un diálogo cercano con la poesía destacada de Rosario Castellanos, y en comentario con las intervenciones, los paradigmas histórico-culturales y las reflexiones que han constituido la lectura de su obra completa, el profesor Fabio Jurado nos propone un acercamiento detallado en el que la muerte, como

uno de los sustentos temáticos de su poética, es fuente de creación determinante en la escritura de los poemas más selectos de la autora mexicana. Seguidamente, nos hace muy felices la participación de la docente, creadora y productora cinematográfica Sandra Forn, quien en su artículo “Mujeres en el mundo de las artes: confesiones de una productora”, indaga la invisibilidad de su profesión y la precariedad de la industria cinematográfica a la que pertenece, así como los desafíos de trabajar en el cine, la falta de reconocimiento y la lucha por sacar adelante proyectos. Por otra parte, en “Reflexiones alfanuméricas de las reivindicaciones, derechos y soledades de las mujeres de mi tierra”, Amelia Pinzón y Adriana Galindo nos cuentan acerca de la vivencia de la sexualidad femenina, a través de la historia de una mujer, cuyas reflexiones sobre lo que han vivido las mujeres de su familia desglosan las múltiples experiencias intergeneracionales que develan la trayectoria y la transformación del ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos en Colombia. Así mismo, en el ensayo “Dafne”, la maestra Zoitsa Noriega describe los modos de creación y las fuerzas vitales que dieron origen a una obra de creación en y desde las artes vivas, en la que se aborda el trágico fenómeno social del feminicidio.

Aunado a lo anterior, en el segundo acápite denominado “Creación artística y literaria”, la artista plástica Angélica Charvarro nos abre las puertas de su atelier, en donde explora caminos de autoconocimiento y desarrollo personal, en la búsqueda del sentido de la vida y el intento por encontrar respuestas a preguntas existenciales sobre lo predestinado, la incertidumbre, el dolor y la relación entre cuerpo y alma. También, la estudiante de cine Federica Quiroga Benavides nos ofrece un manifiesto a modo de reflexión en torno a la responsabilidad del oficio del creador audiovisual en un contexto como el colombiano, toda vez que cuenta con el poder de transformar las imágenes, hacer eco de las voces silenciadas y abrir los ojos de aquellos que prefieren permanecer en la oscuridad. A esto se suma el poderoso mensaje de Ewa Ame (Camila Rubio Gómez), quien ha dedicado más de diez años a pensar, ver y sentir la calle como medio estético, político y plástico, como una manera de aportar esperanza a quien lee

la calle y legitimar el trabajo de otrxs que usan las paredes para gritar su rabia ante la injusticia y la desesperanza. Celebramos también la presencia de la fotógrafa y escritora argentina Silvina Della Fonte, quien a través de “Mujeres en el baño” despliega una poética visual y verbal, mediante la cual reúne once imágenes de cuerpos femeninos que pertenecen a un mismo clan, han sido núcleo, comparten gen y crianza. Luego, nos alegramos de presentar a la artista visual argentina Judith Leroux, quien, por medio de su obra *Los secretos que cuentan los vestidos*, nos muestra el proceso de conexión que existe a través de los vestidos y cómo unen, mediante una especie de hilo invisible en el transcurso del tiempo, a las mujeres de su familia, desde su bisabuela paterna hasta llegar a ella. Más adelante, contamos con el “Manifiesto de la identidad performática” de Leslye Acosta Avendaño, en el que indaga la intimidad de los espacios que habitamos y transitamos y que gritan por ser filmados, desde la forma de la luz que atraviesa nuestra ventana en la mañana, hasta el sonido que construye nuestro contexto social dentro y fuera de nuestras casas. Nos alegra, asimismo, poder publicar el cuento “Melodía” de la brillante estudiante de Creación Literaria Duna García; y culminar este acápite con la siempre admirada poeta Lauren Mendinueta, quien en “Mi primer encuentro con la muerte” nos brinda un acercamiento a su visión femenina de la poesía y a las formas en que la vida la ha llevado a abordarla.

Finalmente, en el acápite de reseñas y recomendaciones, contamos con dos magníficas recomendaciones de las estudiantes de Creación Literaria Wendy Chacón y Natalia Niño, quienes nos ofrecen sendas reseñas sobre *Animal ajena* de Carolina Dávila y *Katábasis* de Lucía Estrada.

Todas estas aproximaciones a las experiencias de mis hermanas (todas ellas talentosas, aunque yo no) constituyen el bálsamo vital que me recubre día a día en mi oficio como editora. La idea de que siempre hay obras y versos tan magníficos y salvadores por los que vale la pena madrugar y seguir trabajando es la que me mantiene en pie y me invita cada día a luchar por parir y dar vida a proyectos tan quijotescos como esta revista, que, aun

en su soledad, no deja de ser luz para todas aquellas quienes, en  
sororidad, nos cobijamos bajo el dulce abrigo del arte.

**Alejandra Flórez**

Editora

### **Referencias**

Gimeno, M. (s. f.). *Queridas viejas project*. <https://www.mariagimeno.com/queridas-viejas-project>

di Giorgio, M. (2017) El arte no tiene progreso, ni sexo. *Revista de la Biblioteca Nacional de Uruguay*, 13, pp. 215-217. ○